

ser tambien verdaderamente perjudiciales á la reputacion de la misma á quien se hacian.

Convencido de esta verdad, se abstuvo por mas tiempo de lo que acostumbraba en sus idas á Blackfort. Pero cuando se atrevió á ir y pasar una hora en el sitio que no hubiera querido dejar nunca, el cambio que se obró en los hábitos de Adelaida, el tono con que parecia reprenderle ella su negligencia, le traspasaron el corazon, y le privaron de aquel imperio sobre sí mismo que habia conservado en esta entrevista. No hubo necesidad sino de algunas palabras enérgicas para que Adelaida conociera sus sentimientos, y la ilustraran al mismo tiempo sobre la verdadera especie de lo que experimentaba ella misma. Derramó lágrimas en abundancia, pero no todas eran amargas. Se quedó en una inmovilidad pasiva, en tanto que él la explicaba, con interjecciones repetidas las circunstancias que habian sembrado la discordia entre sus respectivas familias, porque, hasta entonces, todo cuanto ella supo era que el señor Peveril, como que formaba parte de la casa de la gran condesa, ó so-

berana de la isla de Man, debia emplear algunas precauciones en hacer visitas á una parienta del desgraciado coronel Christian.

— ¡Pobre padre mio! exclamó ella, cuando hubo Julian acabado su relato por las mas enérgicas protestas de un amor sin fin; ¿Y son estos los resultados de todos vuestros esmeros? ¿Y vuestra hija debe oír una explicacion tal de la boca del hijo del que os ha ultrajado, que os ha desterrado de vuestro país?

— Te engañas Adelaida, te engañas, respondió Julian con prontitud: si yo hago esta explicacion, si el hijo de Peveril habla de este modo á la hija de Bridgenorth, si se arrodilla así para pedirle perdon de las injurias que se hicieron cuando ambos eramos niños, todo prueba ser la voluntad del cielo que la enemistad de nuestros padres se apague con nuestro afecto. Sin esto, ¿por qué nos hubiera reunido en un valle de la isla de Man, despues de habernos separado cuando no eramos mas que unos niños?

Por mas nueva que fuera para Adelaida esta escena, y cualquiera que fuese su conmocion,

estaba dotada hasta el mas alto grado de aquella delicadeza exquisita grabada en el corazon de las mugeres, que les advierte las cosas mas pequeñas, que pueden ser poco decorosas en la situacion que se hallan.

— Levántese vm., señor Peveril, levántese vm., dijo ella. No sea vm. tan poco justo para consigo y conmigo. Ambos hemos hecho mal, muy mal; pero mi falta procede de mi ignorancia. ¡O Dios mio! Mi pobre padre que tanta necesidad tiene de consuelo, ¡Debo yo aumentar sus infortunios! levántese vm., repitió en tono mas firme; si vm. continua mas tiempo en esta actitud poco decente, me saldré del cuarto y nunca me volverá vm. á ver.

El tono de autoridad de Adelaida contuvo la impetuosidad de su amante, quien se levantó sin hablar palabra y se fué á sentar á cierta distancia de ella. Viendo que iba él á tomar otra vez la palabra. — Julian, dijo ella, en un tono mas suave, ha dicho vm. ya bastante y mas de lo necesario. Ojalá me hubiese dejado en los agradables sueños durante los cuales

hubiera yo podido escucharle. Pero llegó la hora de despertar.

Peveril esperaba el fin de su discurso como un criminal su sentencia, porque conocia que una respuesta dada con tanta resolucion aunque no sin conmocion, no debia interrumpirse.

—Sí, repitió ella, ambos hemos hecho mal y muy mal; y si nos separamos ahora para siempre, la pesadumbre que sufriremos no será mas que un justo castigo de nuestros yerros. No debiamos habernos visto jamas, y la continuacion de nuestra intimidad haria mucho mas dolorosa nuestra separacion. A Dios Julian, olvida que nos hayamos visto.

—¡Olvidarlo! exclamó Julian; nunca, nunca! le es á vm. muy facil sin duda pensar así, pero en cuanto á mi si tratara de probar uno ú otro, seria preparar mi muerte. ¿Por qué no quiere vm. creer que la enemistad de nuestros padres como la de tantos otros de que hemos oido hablar, podrá ceder á nuestra ternura? Yo no tengo mas amiga que vm. Yo soy el solo amigo que le ha dado el cielo. ¿Por qué nos han de obligar á separarnos las faltas que otros

han cometido cuando eramos nosotros chicos?

— Habla vm. en vano, Julian; tengo lástima de vm., puede ser que la tenga de mí, y ciertamente yo soy la que de nosotros dos merece mas, porque los nuevos conocimientos y distracciones le harán olvidarme bien pronto, entre tanto que yo en esta soledad, cómo podré yo olvidar... Pero no se trata de esto. Yo sabré soportar lo que la suerte me reserva, y ella manda que nos separemos.

— Oígame vm. un poco, Adelaida. Esta desgracia tiene remedio, y no puede menos de tenerle; yo iré á buscar á mi padre, yo interpondré para con él la intercesion de mi madre, á quien nada puede negar; yo alcanzaré su consentimiento. Ellos no tienen otro hijo, y es necesario que concedan su peticion, ó que le pierdan para siempre. ¡Adelaida! si yo vuelvo y traigo el consentimiento de mis padres, dirá vm. aun con ese tono tan penetrante y triste, y con todo tan decisivo: ¡ es preciso que nos separemos!

Adelaida guardó silencio.—¡Adelaida, cruel! la dijo su amante, ¿no tendrá vm. á bien responder?

— No se responde á los que hablan soñando. Me pregunta vm. qué haria yo si sucediera una cosa imposible. ¿ Con qué derecho hace vm. tal suposicion, y semejante pregunta.

— La esperanza, Adelaida, la esperanza, el último apoyo del desgraciado; y vm. misma no seria tan cruel que me privara de ella; en todas las dificultades, en todos los apuros, en todos los peligros, la esperanza combate aunque no pueda siempre vencer. Dígame vm. una sola cosa, si vengo á pedirla á nombre de mi padre ó de mi madre á quien debe en parte la vida, ¿ qué responderá vm.?

— Diré que se dirija vm. á mi padre, respondió Adelaida toda encarnada y bajando los ojos; pero levantándolos al momento y mirándole: — Sí, Julian, repitió ella con mas firmeza y melancolía, diré que se lo diga á mi padre, y verá vm. que su piloto, la esperanza, le ha engañado, y no le ha librado del banco de arena, sino para estrellarle contra las rocas.

— Me alegrara poder hacer la prueba, Adelaida, me parece podria yo convencer á su

padre de vm., que tal alianza con una familia como la mía no es para despreciar á los ojos del mundo. Tenemos fortuna, un rango, una larga serie de abuelos, todo lo que un padre puede desear en aquel á quien piensa dar su hija.

— Y todo eso de nada le serviría á vm.; el espíritu de mi padre contempla las cosas de otro mundo, y si le escuchara á vm. hasta el fin, sería solo para decir que desechaba su ofrenda.

— No sabe vm. nada de eso, Adelaida, ¿cómo podría saberlo? El fuego puede fundir el hierro. El corazón de su padre no puede ser tan duro, ni sus preocupaciones pueden ser tan poderosas que no halle yo medio alguno para triunfar de ellas. No me prohíba, vm. ¡ Ah! no me prohíba el hacer la prueba.

— Yo no puedo mas que darle avisos, Julian; no tengo derecho para prohibirle nada, porque la prohibición supone el derecho de prescribir la obediencia; pero, si es vm. prudente, y si quiere oirme, en este lugar y en este momento nos separaremos para siempre.

— ¡No, á nombre del cielo! exclamó Julian,

cuyo caracter impetuoso apenas veía dificultad alguna para llegar al cabo de sus designios. Nos separaremos aquí y en este momento, sea pues; pero para verme venir autorizado con el consentimiento de mis padres. Ellos quieren que yo me case, y me dan mas prisa todavía en su última carta; y bien, yo haré lo que desean, ninguna otra novia como la que yo les presentaré, habrá honrado mas nuestra casa desde que la fundó el conquistador. A Dios, Adelaida, adios, pero no por mucho tiempo.

— A Dios, Julian, adios para siempre.

Julian á los ocho dias de esta entrevista estaba en el castillo de Martindale, con el designio de comunicar su proyecto á sus padres. Pero la tarea que de lejos se figura facil, se halla tan difícil al tiempo de cumplirla, como el paso de un rio que mirado á cierta distancia, no parece mas que un arroyo. Las ocasiones de entablar la conversacion que tanto le interesaba no le faltaban, porque en el primer paseo de á caballo que hizo con su padre, este habló de nuevo sobre el deseo que tenia de ver á su hijo casado, y le dejó con toda franqueza la li-

bertad de escoger esposa, con tal, añadió él, que sea de una familia leal y respetable. Si tiene bienes tanto mejor; si no los tiene, aun queda algo del antiguo dominio, y Margarita y yo sabremos contentarnos con menos de lo que les daremos. Yo ya me he vuelto económico, Julian; ya ves el rocínante del norte que monto; se distingue mucho, á femia, de mi viejo Black-Hastings, que no tenia mas que un solo defecto, querer entrar en el paseo que conduce á Moultrassie-Hall.

— ¿Era este, pues, un gran defecto? padre mio, preguntó Julian, afectando un aire de indiferencia, en tanto que le palpitaba el corazon hasta faltarle el aliento.

— Sin duda, respondió sir Geoffrey, pues que esto me hacia recordar de ese miserable presbiteriano Bridgenorth, cuyo solo nombre me incomoda. Dicen que se hizo independiente, para llegar al colmo de la brutalidad. He despedido al vaquero, porque habia cogido nueces de sus nogueras, mandaria ahorcar al perro que matara una liebre en sus bosques. ¿Pero qué tienes Julian? ¡Pierdes el color!

Julian respondió evadiendo la pregunta; pero él vió demasiado, segun el lenguaje y tono de su padre, que su prevencion contra el padre de Adelaida era profunda y venenosa, como vienen á serlo las de los caballeros de provincia, quienes teniendo poco que hacer, y nada en que pensar, gustan demasiado de pasar el tiempo en nutrir cosas de poca importancia resintiéndose contra sus vecinos.

En el curso del mismo dia, halló Julian ocasion de hablar á su madre con respecto á Bridgenorth, y como por acaso; pero lady Peveril le mandó al momento no pronunciara tal nombre, sobre todo en presencia de su padre.

— ¿Tan mal vecino era ese mayor Bridgenorth, de que ya he oido hablar? preguntó él á su madre.

— Yo no digo tal cosa, respondió lady Peveril; nosotros le hemos debido, mas de una vez, obligaciones. Pero tu padre ha tenido altercados con él, de suerte que la menor mencion que de él se hace, turba su tranquilidad de un modo extraordinario, lo que me inquieta algunas veces al presente porque no es su

salud tan buena. Con que así, mi querido Julian, por amor de Dios, evita el hacer la menor alusion á Moultrassie-Hall ni á sus habitantes.

Pronunció ella estas palabras con tanta seriedad, que vió el mismo Julian, seria el medio mas seguro de hacer abortar su designio, si le manifestara. Volvió pues desesperado á la isla de Man. Tuvo sin embargo la habilidad de sacar partido de su viage y pedir á Adelaida una entrevista, para darle parte de lo que habia pasado entre sus padres y él con respecto á ella. Obtúvola no sin trabajo, y Adelaida Bridgenorth le mostró no poco disgusto, cuando despues de muchos rodeos y esfuerzos, para dar un aire de importancia á lo que tenia que decirle, se vió precisado á informarla de que lady Peveril conservaba todavia una opinion favorable del mayor Bridgenorth, lo que procuró presentarle como presagio feliz de una futura reconciliacion.

—No hubiera yo creído, señor Peveril, respondió Adelaida en tono de dignidad, que hubiese procurado engañarme de ese modo; pe-

ro yo tendré cuidado de evitar en adelante visitas poco regulares. Suplico á vm. no vuelva mas á Blackfort, y suplico á vm., mi aya mistress Debora, que no fomente ni permita las visitas de este caballero, porque el resultado de tal persecucion seria forzarme á pedir á mi tia y á mi padre me indicaran otra residencia, y tal vez escogerme una compañía mas prudente.

Esta última amenaza infundió tal terror en el espíritu de Debora, que se puso de parte de Adelaida para exigir de Julian que se retirase al instante, y él se vió forzado á cumplir esta orden cruel. Pero el valor de un amante joven no se deja fácilmente abatir; Julian, despues de haber probado, segun el uso, á olvidar su ingrata amiga y experimentado duplicada ternura, acabó por hacer la visita de Blackfort que habemos dicho en el capitulo precedente.

Dejámosle allí presa de la inquietud y del temor sobre la espera de una entrevista con Adelaida, y era tal su agitacion que paseándose como estaba en la sala, le pareció que los ojos negros y melancólicos de Christian seguian

todos sus pasos, y que su mirada fija, sombría y de mal agüero, anunciaban desgracias al enemigo de su familia. Abrióse por fin la puerta del cuarto y se desvanecieron todas sus visiones.

CAPITULO III.

- Como soy, los padres tienen
- De roca los corazones;
- Con ellos siempre se pierden
- Gemidos, llantos, razones.

OTWAY.

Cuando al fin Adelaida Bridgenorth entró en la sala, donde tanto tiempo había estado esperándola su amante, y con tanta impaciencia, fué con paso lento y un exterior afectado. El cuidado con que venía vestida realzaba su sencillez puritana, y penetró á Julian como si